





GRANDES MAESTROS

JUAN MANUEL BORTHAGARAY

**



Juan Manuel Borthagaray inició su larga carrera en la Universidad de Buenos Aires, allá por 1940 cuando ingresó al Colegio Nacional de Buenos Aires. Luego de recibido de Arquitecto comenzó su desempeño como docente. Actualmente es profesor emérito y Doctor Honoris Causa. Dirige el Instituto de Urbanismo de la FADU.

A la UBA también debe el haber conocido a su compañera desde hace 56 años, Sara Kozicki, quien fuera su alumna y con quien tuvo dos hijos que también siguieron la carrera de sus padres.

En esta extensa entrevista repasa sus primeros años como estudiante, su militancia en la época de "Laica o Libre", sus vivencias de La Noche de los Bastones Largos, las dictaduras, y entre otros acontecimientos, su experiencia como docente y autoridad.



De una entrevista realizada por Rodolfo Zibell

LA INFANCIA

Nací en Buenos Aires en 1928. Mis primeros recuerdos tienen que ver con la revolución, ¡que hay revolución! ¡que hay revolución! Porque cuando empecé a tener conciencia todavía estaba fresca la revolución del '30 y después ¡hay barullo! ¡hay barullo!, en los primeros días de mayo.

(Siempre viví) Mi infancia y adolescencia transcurrieron por los alrededores de Santa Fe y Canning (hoy de Santa Fe y Scalabrini Ortiz). Nací en una casa chorizo de altos en la calle Córdoba. En esa época, a pesar que se estilaban los partos domiciliarios, mamá fue a un sanatorio. Pero mis primeros recuerdos, muy nebulosos, se originan en lo que ahora es el hotel Sofitel, la torre llamada "Mihanovich" o "Bencich". Y de haber ido a jugar a la plaza San Martín, donde existía el famoso pabellón que fue el primer Museo de Bellas Artes.

Fui hijo único. Mi papá fue empleado público, funcionario de la Aduana. Mi abuelo Borthagaray había nacido en Francia y mi bisabuelo por parte de madre también. Muchas veces me han señalado mi origen vasco y no en términos elogiosos precisamente, como cuando me topé con algún desacuerdo y me he mantenido firme en mi postura, me han recordado esa condición.

De la calle Córdoba nos mudamos frente al Botánico, que fue mi quinta, mi lugar, donde encontré mis primeros amigos y amigas. No tengo recuerdos de caprichos de hijo único porque en esa casa de Santa Fe 3866, había un extenso fondo, como de 20 x 20, donde los varios chicos y chicas que vivíamos en los departamentos, jugábamos a la pelota, nos agarrábamos a trompadas, y tuvimos nuestros primeros romances.

De allí nos mudamos a Santa Fe entre Araoz y Canning. En ese barrio fui a la escuela primaria. Primero a la Normal N° 6, que era mixta hasta 3er grado y luego a la "Blas Parera", que ahora tiene un edificio súper moderno pero que en esa

época estaba en uno de esos edificios que se construían con el doble propósito de habitarse como casa de familia, pero que si estaban hechas con cierto plano podían ser candidatas a ser alquiladas como escuelas.

EL NACIONAL BUENOS AIRES

Cuando estaba en 5to grado mi maestro, que era muy bueno, le dijo a mis padres que yo iba a perder el tiempo en 6to grado y que me podía preparar para el ingreso directo al Nacional Buenos Aires desde el fin de 5° grado.

Fue así que después de haberme preparado, di un aterrador examen en el no menos aterrador (para un chico de 11 años) edificio del Colegio Nacional Buenos Aires. Entré medio raspando porque no estuve brillante en la prueba de matemática y así empezó mi largo matrimonio con la UBA. Corría el año 1940.

Mi vocación por la arquitectura había nacido antes porque una prima de mamá estaba casada con Ernesto Lagos que era del Estudio Sánchez, Lagos y De la Torre, los arquitectos que habían proyectado el edificio Cavanagh, que era el asombro de la ciudad y fue en su momento el edificio más alto con estructura de hormigón armado. Fue entonces que soñé con hacer edificios.

De esa época recuerdo cómo se fue dando el cambio en la ciudad. Y el polo de atracción de los jardines del Botánico, el Zoológico y la Plaza Italia, y los parques de Palermo atrajeron el desarrollo de los transportes al centro. A las líneas de tranvías se sumaron las de colectivos hasta la evolución que significó la llegada del subterráneo, todo esto cambió el con la multiplicación de casas de departamentos.

Recuerdo las quintas que había en la avenida Santa Fe y cómo fueron desapareciendo. Tengo el recuerdo de cómo se fue transformando la ciudad así. El subterráneo permitía que mi

EN ESOS AÑOS LA MILITANCIA ESTUDIANTIL SE CONCENTRABA EN LA FUBA, ERA FUERTE Y HABÍA CIRCUNSTANCIAS IRRITATIVAS COMO LA LEY UNIVERSITARIA NÚMERO 1441, EN LA CUAL NO HABÍA AUTONOMÍA UNIVERSITARIA.

madre me despertara con un café con leche, exactamente 35 minutos antes de que sonara el timbre que marcaba la hora de entrada en el Colegio. Me daba el tiempo de bajarme en Catedral, tomarme un vaso de leche con vainillas en una "Martona" que había en el camino, rezarle a un Cristo que había en San Ignacio para que no me "sonaran" en alguna materia ese día, y subir corriendo las escaleras del Colegio, con el timbre sonando.

FACULTAD DE ARQUITECTURA

Terminé el Nacional a los 18 y entonces, como bachiller del Colegio, entre directamente a la Facultad de Arquitectura de la UBA que estaba en la esquina de Perú y Moreno.

Para mí significó un cambio mayor de lo que fue la entrada al Buenos Aires desde la primaria, porque la libertad del claustro universitario me obligó a sustituir el régimen tan normado y pautado como había sido el del Colegio por otra disciplina (la propia) tanto o más exigente.

Comprender que la no asistencia obligatoria a clase, o el poder gritarnos desde una punta del taller a la otra no significaba haber llegado a Jauja, es algo que no se aprende en un día.

Mis compañeros ya habían hecho un año de curso de ingreso y estaban integrados como grupo. La elección del delegado de 1er año ya estaba pautada. Así empezó la vida en el bar Querandí. En el '45 éramos 100 y todo el mundo decía que era un horror, ¿qué van a hacer 100 arquitectos?, porque lo habitual eran 20 o 30, pero el número ya venía estallando hasta llegar ese año a 100. Un rasgo muy fuerte de la Facultad era y es la didáctica entre los propios estudiantes.

Se formaban grupos de aprendizaje mutuo. El mío fue uno de diez miembros, que llamamos, con muy poca modestia OAM Organización de Arquitectura Moderna, que perduró más allá del claustro con nuestros primeros actos profesionales. Debo a ellos gran parte de mi cultura general y política y mi escasa cultura pictórica. En cuanto a la musical, siempre fui una tapia.

La carrera la hice rápido. Quinto año lo di libre y fue toda una patriada, porque en la materia Arquitectura, para evitar la copia o la ayuda, el examen fue un taller de encierro de un mes, siguiendo una tradición de la Escuela de Bellas Artes de París.

Taller de encierro significa que se entra a un taller, que se cierra, en donde se da un tema y no se puede salir hasta que el tema sea desarrollado. Se entregan los proyectos a la salida. Eso lo hacíamos cuatro veces por año, pero en talleres de un día que llamábamos esquicios (del francés esquisses) entrábamos a las 9 de la mañana y salíamos a las 7 y media de la tarde.

En esos años nuestra militancia estudiantil se concentraba en la FUBA, (Federación de Estudiantes de Buenos Aires) que era muy fuerte y luchaba contra circunstancias irritativas como la Ley Universitaria número 1441, según la cual no había autonomía universitaria. La autoridad de la Universidad no era el Consejo Superior sino la Legislatura Nacional. Tan es así, que la creación de la Facultad de Arquitectura en 1947 se hizo por Ley del Congreso y no por resolución del Consejo Superior.

Me recibí en el año del Libertador Gral. San Martín, en 1950 y entre los compañeros de entonces, a riesgo de olvidarme de muchos, recuerdo a Alfredo Ibarlucía, quien después fue decano de la Facultad. También a Horacio Pando como otro compañero que alcanzó notoriedad (también fue decano) y a quien le debo la oportunidad de haber accedido por entonces al estudio del arquitecto Amancio Williams, uno de los primeros arquitectos modernos argentinos. Eso me permitió empezar a trabajar durante los dos últimos años de la carrera. Después empecé a trabajar en serio en el estudio de Sánchez Elía, Peralta Ramos y Agostini. Ahí trabajé un año entero, el penúltimo de la carrera.

La materia que se daba con el encierro, era arquitectura de proyectos y eso significaba que para saltarse el año había que dar exámenes de todas las demás materias. Mi último proyecto, el proyecto final, que era una especie de tesis, lo hice con Alfredo Agostini como tutor y resultó premiado. Por



entonces reunimos el número de peticionantes necesario para solicitar una cátedra paralela del último curso de Arquitectura

INGRESO COMO PROFESOR A LA FACULTAD DE ARQUITECTURA DE LA UBA POR CONCURSO DE ANTECEDENTES Y OPOSICIÓN. NO SÓLO HABÍA SIDO REORGANIZADOR DE LA ESCUELA DE ARQUITECTURA EN ROSARIO, SINO QUE HABÍA GANADO TAMBIÉN ALLÍ UN CONCURSO.

con Agostini como titular. En un ambiente tan cerrado como el de la Facultad de aquellos años, una cátedra paralela como esa Agostini, era la luz. Entonces me ofrecí y fui aceptado como ayudante -prácticamente en el momento de recibirme-

pero Agostini fue aquejado por una depresión que lo llevó a renunciar a la cátedra. Desde entonces (1952) data mi antigüedad como docente en la UBA. Todos mis planes quedaron interrumpidos por una beca, extraña beca que obtuve para ir a Chicago en 1953.

LAICA O LIBRE

A poco de regresar un grupo de estudiantes me pidió que dictara un curso paralelo, a lo que accedí. Tenía 15 alumnos, y uno de ellos es mi mujer desde hace 56 años, Sara Kozicki. En ese momento se produce la revolución del '55. Habíamos formado por entonces un grupo con el que queríamos llevar adelante una propuesta de modernización

para la Facultad de Arquitectura. Era decano Alberto Prebisch aquí en Buenos Aires pero finalmente nos fuimos a Rosario a instancias del Presidente del Centro de Estudiantes de Arquitectura -que era una escuela dentro de la Facultad de Ingeniería-, Alberto Cignoli, quien era al mismo tiempo presidente de la Federación Universitaria Argentina (FUA). De regreso de Rosario, donde vivimos dos años de intensa dedicación exclusiva a la cátedra, ingreso como profesor titular a la Facultad de Arquitectura de la UBA por concurso de antecedentes y oposición. No sólo había sido reorganizador de la escuela de Arquitectura en Rosario, sino que había ganado también allí un concurso de profesor titular.

En ese momento arreciaba la época de militancia "laica o libre". Los argentinos, con nuestra capacidad infinita de importar conflictos, importamos la guerra fría, y entonces, durante un tiempo no hubo más ni radicales ni socialistas, ni humanistas, sino bolches y fachos: Para los humanistas, todos los que no fueran humanistas eran bolches y para nosotros todos los demás eran fachos.

Un día, ya habiendo sido profesor titular de la Universidad Nacional del Litoral, me llama un ex compañero del Buenos Aires diciendo que había que hacer un acto democrático. Nos encontramos a 3 cuadras de la Facultad de Ingeniería de la Manzana de las Luces. ¿Qué pasaba? Risieri Frondizi había sido designado interventor en el Colegio Nacional de Buenos Aires. Y el Colegio estaba tomado por alumnos, ex alumnos y profesores que decían defender la integridad del Colegio frente a la intervención ordenada por el Interventor de la UBA, José Luis Romero.

Entonces nuestra misión consistió en una operación para franquearle el acceso a Risieri. Los ocupantes habían cerrado las puertas del colegio y no le permitían entrar. Entonces nos fuimos juntando, arremolinando en las inmediaciones del colegio, y entramos al patio de Ingeniería donde había una escalera. Entramos y una vez que nos reunimos todos en la terraza, saltamos a la terraza del Colegio, por donde corrimos hasta una puerta de entrada al Buenos Aires para poder bajar. Se había corrido la voz de que habían sacado las armas del polígono de tiro, pero finalmente sólo estaban armados con bastones de gimnasia. Sólo eran unos chicos que fueron rápidamente reducidos sin lucha. Y llegamos a la portería -éramos 40 aproximadamente-, y a la sala de profesores de la planta baja, y desde allí llamamos a la prensa, avisando

que un grupo democrático había entrado. La reja del Colegio estaba cerrada con una cadena y un candado y los cortamos, avisándole a Risieri que estaba esperando en la vereda de enfrente. Y el señor interventor del Nacional Buenos Aires se pudo hacer cargo de las instalaciones.

Todo lo demás es historia reciente. Poco tiempo después de ingresar a la Facultad formé parte de una lista para integrar el claustro de profesores en el Consejo Directivo de la Facultad salimos minoría. y fui al Consejo entre el 1957 y 1960. Fueron mis primeras experiencias de conducción. Para una elección me candidatearon como Decano pero únicamente conseguí los votos de la mayoría estudiantil y de la minoría de profesores, de manera que quedé lejos del cargo. Lo logré bastante después, con la democratización de fines del '83. Tanto la Sociedad de Arquitectos como el Consejo Profesional, me habían propuesto como interventor. Tuve una entrevista con el rector interventor Francisco Delich quien me preguntó qué pensaba hacer con los concursos realizados por el gobierno militar. Y yo le dije: anularlos como dijimos siempre en nuestra plataforma. Delich, de mala manera, me dijo que yo era como todos, "viene uno y pone a todos los amigos y después, viene otro y echa a todos". Me desagradó su actitud y sólo atiné a decirle que no había pensado que la picaresca iba a entrar en esta conversación. Y bueno, no fui decano delegado interventor, lo cual a la larga fue mejor porque teóricamente eso inhabilitaba para la elección. Pero a los cuatro años tuve la satisfacción de que me eligieran por unanimidad del Consejo y tan mal no les debe haber parecido mi gestión porque me reeligieron.

Paralelamente seguía ejerciendo la profesión en un estudio con varios discípulos, de los cuales finalmente quedaron dos, Mario Gastellu y Carlos Marré. Con ellos hicimos unas cuantas obras de departamentos; algunas torres; ganamos el concurso de la escuela de la Penna y últimamente, uno para el plan director de Puerto Madero. Con ellos, a partir de haber ganado el concurso de la escuela, se consolidó un estudio en el que trabajamos los tres por más de 20 años. Terminando mi gestión como Decano, resucité un instituto que había existido desde el origen. Para que pudiera haber una Facultad, se necesitaba más de una carrera, entonces cuando se crea la Facultad, se hacen dos carreras, la de Arquitectura y la de Urbanismo. Y se funda un Instituto de Urbanismo. Bueno, ese instituto después quedó muy

ES UNA LÁSTIMA QUE EL BUENOS AIRES NO HAYA PODIDO DESARROLLAR EN PLENITUD LA MISIÓN PARA LA CUAL FUE CREADO, DE SER TESTIGO Y MODELO DE LOS ESTABLECIMIENTOS SECUNDARIOS.

desgarrado por diferencias irreconciliables surgidas en la época del gobierno militar. Yo resucité el Instituto y desde entonces lo dirijo. Mis colegas han tenido la generosidad de no echarme de allí sino de dejarme, primero como profesor emérito, y luego como Doctor Honoris Causa al frente del Instituto, hasta el día de la fecha.

Tengo 2 hijos, un varón y una mujer. Los dos son arquitectos, Andrés y Natalia. De Andrés yo digo que es mi hijo político porque de entrada fue Presidente del Centro de Estudiantes y luego fue consejero superior.

LA NOCHE DE LOS BASTONES LARGOS

Aquella noche estaba en Córdoba. Debo haber sido una de las personas más perjudicadas por la Revolución de Onganía, porque había ganado el Concurso Nacional de proyectos para hacer el Hospital de Clínicas de la Universidad Nacional de Córdoba, y por concurso de antecedentes el Hospital Pediátrico de Córdoba y por concurso de proyectos la Estación de Omnibus de Chascomús, Y tenía mi cátedra en Buenos Aires. La revolución de Onganía vino a interrumpir todo eso. El presidente Illia le había prometido al rector de la Universidad de Córdoba, que era Tomás Villafaña Lastra, que los fondos secretos de Presidencia iban a ir todos para el hospital de Clínicas de la Universidad de Córdoba. Y cuando Villafaña Lastra debía viajar a Buenos Aires para firmar el contrato del proyecto de ese hospital de Clínicas, le tomaron la facultad. Era la Noche de los Bastones Largos y no hubo viaje. Y ahí, en Córdoba, si bien no recibí los palos por la cabeza, los recibí por otro lado.

Además de lo de Córdoba, tuve otro perjuicio, me quedé sin cátedra, porque cuando renuncian todos los profesores de Exactas, enseguida después los seguimos los de Arquitectura. Otros pensaron nos reunimos nosotros. Otros pensaron que no había que renunciar, porque las posiciones no se recuperan nunca, (visión que predominaba sobre todo en Medicina) pero nosotros, los de arquitectura, fuimos los que más renunciamos después de los de Exactas. Esa postura nos la hemos replanteado muchas veces, sobre todo a la luz de los muchos profesores dignos que se quedaron y que fueron los que educaron a nuestros hijos en aquellos años oscuros. Arquitectura sufrió muchas desapariciones de estudiantes y docentes porque siempre fue muy politizada. En ese lapso de gobiernos militares me dediqué a la profesión y tuve también

alguna cátedra en la Universidad de Belgrano.

Quiero destacar que cuando nuestro hijo, tenía que entrar al secundario, yo lo veía un pibe tan alegre y feliz, que jugaba al futbol, cantaba y demás, al pensar que se iba a meter ahí, en el "alcatraz" del Buenos Aires. Yo trataba de disuadirlo y entonces fuimos un día al Colegio con un compañero de él y sus padres. Recorrimos todo y cuando la recorrida finalizó, mi hijo tenía la cara como un sol y me dijo "Es bestial, papi!!". Entonces entró al Buenos Aires.

Es una lástima que el Buenos Aires no haya podido desarrollar en plenitud la misión para la cual fue creado, de ser testigo y modelo de los establecimientos secundarios. Lo es en una forma muy pasiva pero por voluntad ajena, digamos. Hay una anécdota muy graciosa cuando una vez Raúl Alfonsín se reunió con unos estudiantes del Buenos Aires al principio de su Presidencia. Una chica le dijo: "¿Qué piensa hacer, doctor Alfonsín, para remediar la diferencia abismal que hay entre el Nacional Buenos Aires y los demás colegios secundarios?" Esto es un ejemplo de la modestia de los ex alumnos del Colegio, como se lo llama a secas. Pero mi hijo Andrés tomó la decisión correcta porque salió lector del colegio, se llenó de libros. Y con la solidez de educación tipo liceo a la francesa que sigue dispensando el Buenos Aires. Con amor a las instituciones democráticas.

Y por otra parte, si tuviera que recomendarle a un hijo mío dónde estudiar arquitectura, sin vacilar le diría que en la UBA. La Facultad nuestra no es pareja, tiene todo el arco de valores, desde los más bajos a los más elevados. En este aspecto es análoga a la metrópolis, así que yo pienso que el solo estar allí educa porque de los lugares demasiados ordenados los muchachos pueden aprender cosas pero después cuando salen los pisa el primer auto al cruzar una calle. En cambio, en nuestra Facultad aprenden también las cosas, pero no les vienen tan fáciles, deben ir a buscarlas, Han tenido que aprender a moverse en un medio en constante ebullición. Han debido crear sus propios modelos para armarse y lo han tenido que hacer por sí mismos buscando lo bueno, que si lo buscan lo bueno y tienen ganas, lo van a encontrar. Eso es lo que yo tendría para decir de la Universidad de Buenos Aires, que es un medio de una riqueza que no se encuentra en otros lados, a pesar de todos sus aparentes desórdenes, que al fin y al cabo no son tantos, para una institución tan compleja.